

estudio preliminar de Carlos Serrano).

⁴ J. J. Morato: *La cuna de un gigante. Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir* (edición facsimil). Estudio preliminar de Santiago Castillo. Servicio de Publicaciones. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid, 1984. XXXI + 624 páginas.

⁵ S. Castillo: «I. Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores. II. Fundación y primeros pasos de la UGT. III. Un socialismo olvidado: Málaga, 1885-1894. IV. El asociacionismo ferroviario y su génesis». *Estudios de Historia Social*, n.º 26-27. 1983. Págs. 19-256.

NOTA DEL TRADUCTOR

Fernando de Valenzuela

«Todo depende de la facilidad con que nuestros sistemas perceptuales alcanzan a convertir las imágenes del espejo en sus originales, así como de otras cualidades de nuestro sistema cognitivo, que nos capacitan para ver a través de varios estadios de traducción sin tener que prestar atención a cada uno de sus niveles, como sucede cuando miramos a través de varios metros de agua clara y vemos, no el agua, sino únicamente los objetos yacentes en el fondo.»

Douglas R. Hofstadter, «Frasas víricas y estructuras lingüísticas autoduplicantes en el reino de las ideas», en *Investigación y Ciencia (Scientific American)*, mayo 1983, pág. 112.

Cuando algo requiere muchas explicaciones es que no se explica suficientemente por sí mismo, que no se dirige a nuestra sensibilidad de un modo claro. Sencillo o complejo, pero claro. Esto es lo que suele ocurrir cuando en una traducción se abusa de aquello que la tradición edi-

torial ha dado en llamar «nota del traductor».

No digo que esto sea así siempre. Hay casos en los que alguna nota del traductor se justifica. Puede tratarse de una palabra particularmente ambigua, de esas dos o tres expresiones intraducibles que tienen cada idioma y que, de no explicarse, inducirían a error o condenarían al lector a la pérdida inevitable de un matiz sustancial. Poco más es lo que puede justificar el recurso del traductor a ésta su agresión más descarada: hacerse patente allí donde nadie requiere su presencia.

En rigor, el traductor ha de ser un desaparecido, alguien que aparece por una vez, por una sola vez en todo el libro. A bombo y platillo si es posible. En portada. Pero de ahí en adelante, mutis. Cualquier presencia ulterior es tan inadecuada como la de quien asiste a una fiesta sin estar invitado. Una vez empezado el libro el traductor es un «colado» a quien nadie espera. En cuanto haga el menor movimiento todos notarán su ino-

portuna presencia, y si por conmiseración alguien presta atención a lo que dice, será con la esperanza de que se esfume cuanto antes. Sólo cuando se haya ido el intruso, el autor y el lector se sentirán cómodos y podrán disfrutar a conciencia, en amor y compañía.

Y si el destino del traductor consiste en desaparecer cuanto antes es porque se trata de un testigo incómodo. De un inoportuno que nos recuerda, en lo mejor del abrazo literario, que no estamos a solas. O, mejor dicho, que no estamos a solas con aquel con quien creíamos estar. Que no estamos con él ni con otro. Que la voz que oímos no es la suya. Que estamos viendo al autor en un espejo. Y, lo que es peor, en un espejo de cuya fidelidad nunca podemos estar del todo seguros.

De la frecuente infidelidad del espejo da fe una conocida frase: *traduttore, traditore*. Y para encontrar ejemplos de extremos desatinos no hace falta recurrir a esa estupenda parodia en la que *Les Luthiers* traducen «stupid, idiots and criminals» por «traviesos y pícaros».

Pero, ¿se trata realmente de un espejo? ¿Es en verdad una distorsión comparable a la de un espejo la que puede producir una traducción inadecuada? ¿Es la traducción inadecuada la única que distorsiona o es más bien la traducción en sí —cualquier traducción— una distorsión del texto original y la traducción inadecuada sólo un caso extremo de esta distorsión estructural?

En su *Dialéctica de lo concreto* (Dialektika konkrétního, Praga 1966, págs. 107 y 108) Karel Kosík se refiere, en

un sentido más general, a este problema:

«La historia de un texto es, en cierto modo, la historia de su interpretación: cada época y cada generación enfatizan en el texto aspectos distintos, a unos aspectos les otorgan mayor importancia que a otros y según esta importancia descubren en el texto diferentes significados. Las distintas épocas, las generaciones, los grupos sociales y los distintos individuos pueden estar ciegos respecto a determinados aspectos (valores) del texto, porque no los han descubierto como aspectos significativos, centrándose en aspectos que, por el contrario, a sus sucesores no les parecen importantes. La vida del texto transcurre así como una adquisición de significados. Pero, ¿es esta *adquisición de significados* una concretización de los significados *objetivamente* contenidos en la obra, o es una introducción de nuevos significados en la obra? ¿Existe algo así como el significado objetivo de la obra (del texto) o el texto no es aprehensible más que a través de diferentes aproximaciones subjetivas? Parece que estamos encerrados en un círculo vicioso. ¿Es posible una interpretación auténtica del texto que capte el significado objetivo de la obra? Si no existiese tal posibilidad cualquier intento de interpretación carecería de sentido, porque el texto sólo sería aprehensible mediante aproximaciones subjetivas. Pero si existe la posibilidad de una interpretación auténtica, ¿cómo casa esta posibilidad con el hecho de que cada texto sea interpretado de distintos modos y de que la historia del texto sea la historia de sus distintas interpretaciones?»

Existe un primer nivel de interpretación del texto —la lectura— indispensable para que el texto sea aquello que pretende ser: una forma de comunicación. Pero el texto original, sea cual fuera la interpretación a la que lo someten los lectores, continúa abierto, disponible. Una vez más, Karel Kosík (pág. 108 de la obra citada) se refiere a esto:

«Las interpretaciones parciales o sesgadas aparecen así, por una parte, como capas que a través del tiempo se acumulan sobre el texto o como formas *históricas* de su existencia, con respecto a las cuales el propio texto siempre puede diferenciarse y de las cuales no depende; por otra parte aparecen como expresiones de determinadas concepciones a la luz de las cuales el texto es interpretado, es decir, de concepciones sobre la filosofía, la ciencia, el arte, la realidad, etc. Toda interpretación es *ya siempre una valoración* del texto, ya sea inintencionada y, por lo tanto, injustificada o intencionada y justificada: la falta de atención (históricamente variable) hacia determinadas partes o frases del texto *en tanto que* poco importantes o insignificantes o la simple incompreensión de algunos pasajes (que depende de la edad, del nivel de instrucción, de la atmósfera cultural), y sobre esta base su “neutralización”, son ya una valoración implícita, porque diferencian en el texto lo significativo y lo menos significativo, lo actual y lo superado, lo importante y lo secundario.»

El propio texto siempre puede ser diferenciado de su «lectura» y es independiente de ella. Sí, pero menos. La lectura en la que el traductor basa su trabajo —tan subjeti-

va, tan dependiente de la época y de las concepciones imperantes como otra cualquiera— se consolida en un resultado fijo. De ahí en adelante el lector —el lector de la traducción— habrá de vérselas con el producto de la interpretación hecha por ese fantasmagórico intermediario. No es extraño que haga todo lo posible por ignorar su existencia.

Decididamente, la comparación con el espejo no es del todo adecuada. La transformación que la traducción produce sólo en parte puede ser entendida como una distorsión comparable a la que puede producir un espejo: cuando el error o la incapacidad deforman ostensiblemente el texto.

Pero la transformación más radical que se produce al traducir no es ésta. Mucho más significativo aún es que al ser traducida la obra pierde lo más característico, lo más propio que posee: su idioma, su contexto primordial. Aquel contexto en el que la palabra suena, en el que cada una de ellas no es sólo ella misma sino también todas aquellas que pudieron haber sido dichas en su lugar y no lo fueron. Aquel contexto en el que la reflexión, o el ímpetu, o la sensibilidad, o la magia del creador literario, encuentran el estilo de su discurso.

Tal parece como si, por arte de traducción, la palabra, desprovista repentinamente de su idioma, vacilase por un instante en el vacío de la más absoluta mudez, justo antes de ir a dar con sus huesos en tierra extraña.

Todo traductor que se precie está de acuerdo, en lo profundo de su sensibilidad, con la citada frasecilla italiana. Y

no porque esa frase haga esencialmente referencia a las frecuentes tropelías, chapuzas o deformaciones que se cometen. Ese tradicional insulto por todos admitido se refiere a una traición primaria, sustancial. A la que ocurre precisamente en aquel instante de vacilación. A lo que pasa en ese mágico vacío en el que la traducción se perpetra. Es el instante en el que el oído del traductor elige de entre lo incierto y, sin más, afirma lo posible como seguro. El más interno de los oídos del traductor oye resonar entonces, en la palabra del autor, todo el discurso secular y colectivo de los idiomas. Viaja de uno a otro idioma. Salva el vacío. Va y viene. Busca. Trae. Traduce.

Se vuelve. Se revuelve. Habla en voz alta sin emitir sonido. Se pone la piel del habla que ha elegido. Finge. Contrabandea ideas y estilos. Traduce.

Definitivamente, la mención al espejo es inadecuada. Lo del contrabando es más preciso.

Como contrabandista, el traductor es un minorista en el comercio internacional, en el tráfico de culturas e ideas. Las grandes empresas —la televisión y la prensa— mueven un capital muy superior. Pero estos pequeños traficantes trabajan con material de mayor calidad. Lo suyo tiene más prestigio.

Aunque a veces el prestigio de su mercancía pueda ser tan injustificado como el del *Winston* etiqueta azul, y a pesar de lo que afirmen las más recientes víctimas del síndrome del miniordenador doméstico, su mercado no parece estar hoy más en crisis que antaño. Y no me refiero aquí a las

posibles crisis futuras del «soporte libro», al parecer radicalmente enfrentado a las maravillas de la intangible imagen. No creo que el acelerado desarrollo de las nuevas formas de comunicación e incomunicación hagan menos necesaria la callada, personal e íntima meditación; la creación y la recreación; las ideas y las formas capaces de contribuir a que nos orientemos en el temporal, al delicioso disfrute del mogollón en el que estamos metidos o a la lucidez respecto a los abismos que nos acechan. O mucho me equivoco o no estamos en el umbral de la victoria de la imagen fungible sobre la cultura libresca, sino en el de una explosiva combinación de ambas.

Pero si la crisis de la cultura moderna, al igual que todas las demás crisis del mundo moderno, es algo *con* lo que (y *en* lo que) hemos de acostumbrarnos a vivir, y si la cultura en crisis puede no ser menos sino más cultura, la vitalidad de *tal* o *cual* cultura está muy lejos de hallarse asegurada. Los elementos básicos de la vida cultural, los que sirven de base a la vida ideal, aquellos que crean las condiciones para que el hombre pueda seguir haciendo sus espectaculares equilibrios en medio del temporal, tienen que estar a tono con las circunstancias. Por muy trascendentes que sean la meditación crítica y la creación literaria, el hecho es que, puestas en el mercadillo de la cultura, son una mercancía más y han de estar en condiciones de competir, de atraer con su oferta, de cautivar al público. Es cierto que cuando se entra en el juego de la oferta y la demanda se produce una cosificación de las formas culturales, pero esto es algo que la cultura europea sabe desde hace siglos. Cosa,

lo que se dice cosa, pocas hay que tengan tanta cara de cosa como un buen libro.

La traducción es, en tales circunstancias, más importante que nunca. De los traductores en tanto que finos contrabandistas, de sus artes en el oficio de introducir, de tender puentes, de su función como comunicadores privilegiados entre culturas y experiencias diversas, depende en buena parte que no se produzca una marginalización de los alimentos ideales básicos, una provincialización de las actitudes, una segmentación de los diálogos que, entonces sí, no podría dejar de sonar ridícula en contraposición con la universalidad de los medios de comunicación de masas. De la calidad de las traducciones depende que el resultado de una importante creación cultural, puesta en otro idioma, no sea un insípido puré de palabras, incapaz de jugar ningún papel relevante en el mundo de la comunicación de las ideas.

Cuando los traductores latinos transcribieron aquello del *zoon logon ejon*, que decía Aristóteles, como *animalis rationalis*, la cultura europea llevó a cabo una opción histórica esencial en la que aún seguimos viviendo. Entre aquel «ser vivo que se ordena de acuerdo con un discurso que da razón de lo que es» —versión que me parece más ajustada, aunque mucho menos elegante que la de los latinos— y nuestro «sujeto cuantificable» de hoy, hay una enorme distancia. Poco más o menos la misma distancia que entre la biología con la que los griegos pretendían dar razón de la vida mediante la palabra y esa ciencia que hoy se desarrolla a velocidad de vértigo, por cierto bien lejos de nuestras universidades. No

es lo mismo aquel logos que esta palabra ni aquella episteme que esta ciencia. Pero si aspiramos a que un día despierte de verdad la imaginación científica en nuestro país —y parece que ya hay planes serios en tal sentido— será prudente preocuparse de que podamos hablar de ciencia en el mismo idioma en el que vivimos. ¿Quién si no les contará a los estudiantes que nada saben del griego que las moscas *drosophila melanogaster* deben su nombre a que tienen la barriga negra? ¿Quién introducirá a los que no saben inglés en el esotérico detalle de que los mutantes «red» o «yellow» de ese mismo insecto, que sirven de base a la mayoría de sus inhumanas prácticas, se llama así porque sus ojos son rojos o amarillos? ¿Habrá pensado alguien en que cuando se elaboren por fin las estrategias para el despegue de la investigación científica en nuestro país debería dedicarse una mínima parte de los fondos disponibles a que los adeptos a tan loable ocupación puedan pensar en castellano y no en esa especie de «pidgin» en que se ven obligados a hacerlo ahora? Hacer ciencia no es sólo desarrollar los medios técnicos para la investigación empírica, sino también intentar reproducir las condiciones, las si-

tuaciones espirituales, en las que la creación científica es posible. La lengua, y de eso sabían un rato los inventores de la ciencia, es, sin duda, una de esas condiciones necesarias.

Traductores, traductores, ¿para qué tanta publicidad a los traductores? Los citados ejemplos sobre el idioma con que se manejan algunos científicos en nuestro país pueden dar una pista acerca de la situación en que nos encontramos mientras estamos hablando de nuestra eventual participación en una respuesta europea al reto de las altas tecnologías. ¿Es que alguien se imagina que lograremos los europeos tener mañana en común algo más que un mercado si no se nos brinda a todos la oportunidad de aventurarnos a solas por el maravilloso mundo de nuestra cultura compartida? ¿Hasta cuándo podremos seguir sin enterarnos de la misa la media de lo que se piensa hoy en Italia, en Alemania, en Polonia o hasta en Francia, por poner sólo cuatro casos? Desde luego, esto no será posible sin vehículos de comunicación de ideas adecuados. Pero tampoco podrá lograrse ni siquiera un mínimo de comunicación intercultural con Europa mientras en este país nadie pueda so-

brevivir decentemente traduciendo. ¿Puede alguien extrañarse de que, en unas condiciones cada vez más deterioradas, haya gente que, para ganarse malamente la vida, produzca cosas como algunos de los atentados de que ha sido objeto uno de los más grandes novelistas de este siglo, Robert Musil? ¿O de que alguien tenga el descaro de editar la mejor novela de la literatura checa mandando traducirla del alemán? ¿O de que uno pueda encontrarse con versiones de Solzhenitsyn que parecen escritas por un hermano tonto del genial reaccionario ruso? ¿O de que lo mejor de la novela norteamericana tarde años en llegarnos en traducciones decentes, mientras todos los demás productos USA nos llegan de inmediato y magníficamente presentados?

Suerte que vivimos en un país que ya ha dado a la cultura occidental —muchos siglos ha, por cierto— algunas de las obras maestras de la comunicación intercultural. Quizá alguien crea que ya hemos cumplido para siempre con nuestra cuota. Este traductor, por su parte y sin ánimo de dar la nota, opina que algo habría que hacer —y pronto— para mejorar semejante estado de cosas.